

## ANEXO I

## El primer recuerdo de la EOC

FERNANDO MÉNDEZ-LEITE

*Director de cine. Exdirector de la Escuela de Cine y Audiovisual-Madrid*

O í hablar de la escuela por primera vez una tarde de septiembre del 1963 a Tony, el novio de Pepa, una compañera mía de Derecho, que comentaba con una energía singular y entusiasta secuencias de *Los pájaros* y *Cleopatra*. Era Antonio Drove. Fue una referencia de pasada que no registré de momento. En el otoño del año siguiente asistí a la proyección matinal de las prácticas de fin de carrera de la promoción de la Escuela Oficial de Cinematografía –EOC– en el Palacio de la Música. Supongo que mi padre me pasó las entradas que él no pensaba utilizar. El programa estaba compuesto por los cortos *Día de Justicia* de Santiago San Miguel, *Anabel* de Pedro Olea –una adaptación de un relato de Marco De-nevi, que luego adaptaría (peor) Losey en *Ceremonia secreta*– y *Los días perdidos* de Víctor Erice. La estrella emergente de aquel conjunto era un jovencísimo Juan Luis Galiardo. Creo que ese fue mi primer contacto con la escuela en la que luego estudiaría a lo largo de cuatro azarosos años y en la que aprendería los rudimentos de una profesión a la que luego he dedicado toda mi vida. Pero quién realmente me llevó a la EOC fue mi peculiar amigo José María Casaux, un exfalangista de espíritu anarquista y tan refinado como provocador, varios años mayor que yo, que se había colado en casa de mis padres con singular desparpajo. Un *okupa avant la lettre*. Casaux, que fallecería pocos meses después tras un cáncer fulminante, estudiaba dirección en la EOC y me “contrató” como figurante en la práctica de un compañero. Se titulaba *El vampiro de la Cava Baja* y el director era Manolo Gutiérrez, que años más tarde completaría su nombre artístico con su segundo apellido y

llegaría a ser uno de los más interesantes creadores del cine español de varias décadas. Esa mañana, por las calles del Madrid de los Austrias, viendo trabajar a aquellos chicos no mucho mayores que yo haciendo una película, fue el impulso definitivo para olvidarme de un futuro de oposiciones a la Escuela Diplomática. Visité al entonces director de la escuela, don Carlos Fernández Cuenca, al que conocía desde mi infancia por su amistad con mi padre y él me aconsejó que me presentara a los exámenes de ingreso en la especialidad de Guión porque en Dirección era muy difícil entrar. Y yo, siempre muy obediente, le hice caso. Ese mismo consejo lo he prodigado yo con frecuencia cuando algún aspirante a ingresar en la ECAM al que veía un poco verde me consultaba. Lo que nunca he olvidado de aquel encuentro fue el relato minucioso y muy inspirado que el viejo historiador me hizo de *Cortina rasgada* de Hitchcock y *El rapto de Bunny Lake* de Preminger, que acababa de ver en la Junta de Censura. Porque en aquella época, los censores estaban a la vista.

Pocas semanas después pasé el examen con un guión de agentes secretos que se llamaba *Ocidente espera a Andrei* y me encontré sentado en los viejos pupitres del palacete de Génova esquina a Monte Esquinza. Aquellos primeros días del curso fueron momentos de una excitación que nunca había conocido. Pasaba las mañanas en la Facultad terminando mis estudios de Derecho y metido en las reuniones del clandestino SDEUM, el sindicato ilegal que intentaba volar las recién nacidas APE. Y después de comer, liberado ya de aquellas tan distintas obligaciones cruzaba exultante la calle de Goya camino de la EOC. Y

allí estaban mis nuevos amigos: Manolo Marinero, Ramón Gómez Redondo, Manolo Matji, Jesús Martínez León, Luciano Valverde, Juan Tamariz, el recuperado Antonio Drove que rodaba su magnífica práctica *La caza de brujas*, y los más inalcanzables compañeros de otros cursos, Pedro Costa, Iván Zulueta, García Sánchez, Manolo Revuelta, Bernardo Fernández, Josefina Molina, Carlos Gortari, Pilar Miró, Tébar... De unos y otros, de las conversaciones interminables en el bar Bentaiga y en la cafetería Manila de la calle Génova, de las escapadas a cines de todos los barrios a ver por enésima vez *Mayor Dundee* o *Con él llegó el escándalo*, *Recuerda* o *Pasión de los fuertes*, de las discusiones sobre las preferencias por el cine americano o el cine político europeo, que a veces llegaban a las manos, del análisis en las estupendas clases de Carlos Serrano de Osma de nuestras incipientes prácticas —éramos muy salvajes los unos con los otros— o de las de años anteriores —¿qué hacía Saura cuando estaba en nuestras aulas? O nuestro profesor de Guión, José Luis Borau. O el tan admirado entonces Basilio Patino...—, de esa acumulación de experiencias nuevas, aprendí aquel año más de lo que nunca he aprendido después. Y de las lúcidas, magníficas y divertidísimas clases de Borau, que me descubrieron títulos canónicos en mi vida de aficionado al cine —*Madame de*, *Encadenados*, *Ensayo de un crimen...*— y ordenaron en mi cabeza todos los conocimientos anteriores, explicándome tal vez sin él saberlo por qué me gustaba tanto lo que tanto me gustaba. Forzosamente mi vida cambió de medio a medio en aquel año de Génova, el año de las “nuevas amistades”, que diría García Hortelano, de las viejas películas, del

descubrimiento de los maestros, del aprendizaje frente a la impostura. El curso culminó con mi participación como *script* en el corto de Pedro Costa *El príncipe y la huerfanita*, uno de los mejores que se hicieron en la EOC, y como ayudante de dirección en el de Jesús Martínez León *Cherry querida*, en el que uno de los protagonistas era Emilio Martínez Lázaro. A Pedro y a Jesús les debo esa palmada en la espalda tan importante para sentirte reconocido en tiempos de inseguridades. Porque yo siempre padecí el síndrome del impostor: “todos estos saben mucho más que yo”. Y mi primer contacto profesional con un actor de verdad, Luis Prendes, al que años después dirigí en tres películas.

Al curso siguiente me examiné de ingreso en Dirección y cambié de especialidad gracias a un guion de inspiración hitchcockiana y chabrolina titulado *Dedicado a quienes amo*, cuya acción pasaba en San Sebastián y que escribí pensando en Cary Grant, Catherine Deneuve y Peter Sellers. ¡Échale guindas al pavo! Mis nuevos compañeros fueron Antonio Castro, Emilio Arsuaga, Pepe Bartolomé y Enrique Gil Calvo. Pero pasamos al nuevo edificio de la Universitaria y allí comenzó la decadencia de la escuela, amenazada por el lobo feroz, agazapado tras los árboles de la dehesa de la Villa. Enseguida asomó la patita por allí Juan Julio Baena que en poco tiempo se hizo con la dirección del centro y acabó concienciadamente con aquel magnífico proyecto. Naturalmente pasaron muchas cosas en esos tres años de la escuela decadente, y algunas buenas, pero esa es otra historia que se parece menos a una buena película y más a una crónica de sucesos y a la sección de chascarrillos. ¶